


Sintonia 

## Feminidad ejemplar

Si fuéramos osados, hoy le brindaríamos con esta Sintonia una oda literaria a la Primavera. Una oda que saldría a darle la bienvenida en uno de estos días tan magníficos que nos está regalando Febrero. Pero mejor será mostrarse comedido. La memoria no falla cuando el adagio popular está siempre presente, cuidando de tenerla siempre en vilo.

Así, esperemos más adelante para tal florido propósito, y mientras tanto dediquemos la loanza a otra manifestación no menos exenta de gracia y lozanía como pueda tenerlas la Primavera. Dediquémosla a esta sección femenina de Falange, con sus tres instructoras al frente, que una vez más, desde hace unas semanas, e igual que en cursos pasados, han vuelto a hacer honor a su cometido de labor social.

Porque con ello, con este espíritu de verdadera feminidad, no confundible con feminismo, que ambienta esta sección; con sus enseñanzas prácticas única y exclusivamente propias de la mujer consciente de su deber social; con la alegría alada de sus coros y danzas; con toda su esencia ejemplar, estas juventudes femeninas añaden la ponderación a lo que solamente sería quizá simple admiración. Adornan con valores intrínsecos una belleza que podría resultar vacua, fría o insubstancial.

He ahí que se ha hablado de dos primaveras: de la climatológica, primero; y de la primavera de la vida, luego. Y si de aquella nos hemos querido mostrar recelosos, todo lo contrario es para la segunda. Por esto le hemos confiado nuestra Sintonia, traducida en una gran admiración que se sabe muy bien depositada.

# Amorosa

SAN FELIU DE GUIXOLS 13 DE FEBRERO 1958 - NÚM. 520 - AÑO XI

## PARADOJAS



De unos años para acá unos sucesos trágicos han venido ocupando con frecuencia un lugar destacado en la sección de los diarios dedicada a esa clase de noticias. Nos referimos a los hundimientos de casas en período de construcción.

No pasa mucho tiempo después de haber ocurrido una de esas luctuosas desgracias sin que tengamos la desagradable noticia de que otro caso parecido ha sucedido en algún otro lugar.

Y así como es natural que experimentemos un sentimiento de condolencia por las víctimas que ordinariamente suele haber en estos involuntarios desplomes, no podemos tampoco evitar de hacernos las reflexiones pertinentes que los mismos nos sugieren.

Porqué aunque se trate de hechos fortuitos y sin previa intención delictiva por parte de nadie (¡que duda cabe!), es evidente que entre las causas productoras de tales accidentes es posible suponer la existencia de las imputables a la imprevisión, el descuido o la insuficiente seguridad en los cálculos operados al realizar los proyectos de las obras.

Verdad que la técnica de la construcción está hoy día muy avanzada. Los arquitectos actuales poseen unos conocimientos de su profesión enormemente superiores a los de nuestros abuelos. Los materiales empleados son conocidos en su totalidad. Su composición, resistencia, sus posibles combinaciones entre sí, su potencia cohesiva, el tiempo necesario para su completa solidificación, etc. A base de números, ecuaciones y fórmulas, teóricamente indiscutibles, puede planearse de antemano, sobre el papel, los ingenios más atrevidos, las obras más sorprendentes en grandiosidad, elegancia y precisión.

Pero, a veces, las obras fallan, a veces los materiales no responden al esfuerzo que se les ha encomendado. A veces la práctica no concuerda con la teoría desarrollada en los trazos geométricos y los guarismos escritos en los papeles.

Y cuando así ocurre, cuando a la piedra, la argamasa o el metal sucumben ante el peso que se les ha obligado a sostener es infaliblemente seguro que la razón está de su parte. Su lógica es certera, incontrovertible. Si un error ha habido entre proyecto y realización podemos afirmar rotundamente que aquél está en el primero o en una equivocada interpretación del mismo.

Esos deslices de consecuencias tan dramáticas, no eran posiblemente tan frecuentes en tiempos pasados. Cuando se construía una casa no se contaba con tanta preparación teórica como ahora. Por tal motivo el constructor quería asegurarse de que los muros que levantaba tuvieran la potencia suficiente para sostener el edificio. Y ante la incertidumbre, prefería pecar por demasia que por defecto. Por eso daba a las paredes un espesor exagerado y empleaba el doble o más del material que habría sido suficiente para hacer la misma obra.

Paradójicamente, pues, dábese el caso que por carecer de los conocimientos teóricos de que hoy se dispone se construían las casas con más garantía de seguridad, si cabe, que hoy en que se sabe la resistencia de los materiales hasta lo infinitesimal.

De lo dicho no puede deducirse, claro está, que en este aspecto de la técnica hayamos retrocedido. Sería absurdo pensarlo. Lo que sí resulta lógico pensar es que cuanto más ciencia existe, cuanto mayor es el dominio del hombre sobre los materiales de que dispone, mayor es la responsabilidad que le incumbe, y menos puede atribuir al azar los inesperados reveses que le ocurran en el curso de sus obras.

A más ciencia, más responsabilidad. Y a más responsabilidad menos margen para la disculpa en caso de fracaso.

De ahí que cada vez que ocurre el hundimiento de una casa en construcción el público se pregunta. ¿Cuál ha sido el factor humano que ha fallado?

Es inevitable y lógico que se lo pregunte. **Xavier.**

NOTA.— Por una jugarreta de ese duendecillo burlón que de vez en cuando ronda por los talleres de imprenta revolviendo cuartillas y composiciones, el comentario de la semana pasada empezaba por la mitad final para luego continuar con la mitad primera.

No dudamos que el lector se habrá dado cuenta y nos habrá disculpado por la involuntaria traslación.